

estudios

Métodos de enseñanza del vocabulario latino

Subrayaba, en mi comentario al trabajo del profesor Mathy, el signo renovador con que los estudiosos y maestros de letras latinas medíamos el siglo. Por un concierto de circunstancias propicias, estamos más cerca que nunca de la meta, desde que Nebrija reconquista entre nosotros la enseñanza de esta lengua.

No en vano el esfuerzo ingente de centenares de estudiosos de filología clásica, de siglo y medio a esta parte, nos lo ha dado casi todo hecho. Con su parte de razón, ha sentado un ilustre latinista francés contemporáneo su paradoja de que conocemos hoy día el latín mejor que el mismo Cicerón. Poseemos más y mejores pertrechos que nunca, pero falta conquistar la plaza.

Me refiero al problema de dotar al alumno del vocabulario imprescindible para su enfrente con los autores leídos en las clases. La solución nos la ha dado, no la psicología, ni lo lógica, ni las asociaciones de ideas, ni las inanes prácticas de repetición, sino la observación de la lengua de los mismos autores latinos escolares, que lo reducen a los lindes más exigüos. No más de 2.754 palabras le han bastado a César para escribir *La guerra de las Galias*, según el cómputo de Janssen, frente a las 50.000 que apilan los diccionarios. Por fortuna para nosotros, poseemos—decía—bien delimitado este vocabulario esencial, que cubre el 90 por 100 de las palabras empleadas por los autores latinos de primer orden. Disponemos de su índice de frecuencia merced al trabajo de Mathy, y del sentido exclusivo con que aparecen, por obra del equipo inglés capitaneado por Wordmald, de cuyo trabajo he partido en mi edición española.

Mas ¿cómo lograr que nuestros alumnos se asimilen este vocabulario?

Comencemos virando en redondo nuestro método de enseñanza y poniendo proa a este objetivo. Para ello es necesario aligerar al alumno del peso de reglas y teorías gramaticales. Y reducir el estudio de formas y sintagmas a lo que debe ser: medio y no fin. El objeto esencial es asomarles lo más cerca posible, adentrarles a pulso de acuidades y destrezas en la lengua de Roma, en la raíz y entraña de su eficiencia formativa, en su doble menester moldeador y acuciador, represor y exaltador a un mismo tiempo.

El segundo postulado estriba en imprimir un sentido activo, dinámico, a nuestra enseñanza por obra de la ingeniosidad del maestro, de continuo reflorificada, como las trazas del mañero Odiseo. De ahí la necesidad de conciliar una sólida preparación filológica con el gozo alacre de una vocación renacida a diario.

Se impone una nueva andadura en la tarea conjunta de maestro y alumnos y una distinta participación

de éstos en la labor de cada día. Es necesario que los alumnos lean, escriban, ilustren y copien, multiplicando los ejercicios en el encerado. De ellos se valdrá el maestro para comprobar las formas flexivas, para extraer de cada hecho sintáctico la norma que lo fije en un tono de fácil retención, vivo y operante en la mente del muchacho. Ellos le servirán para ilustrar un pasaje de historia, una referencia geográfica o arqueológica, una alusión a las costumbres, a la vida de la antigüedad, que tenderá a hacer ver y sentir a los ojos cargados de curiosidad de sus discípulos. Y, a la par, se ayudará de ellos para transmitirles su vocabulario esencial.

La iniciación en él debe emprenderse desde las primeras frases de extrema sencillez de los textos. Estas primeras páginas de latín deben estar escritas expresamente para ellos, puesta la vista en el aprendizaje del vocabulario, seleccionado por su índice de frecuencia dentro de la mínima dificultad de sus formas. Serán cuadros de vida campesina, los quehaceres diarios de la granja, lo que ve al llegar a ella el forastero; de vida marinera, de vida militar. Contamos para esta iniciación con un plantel de textos elaborados por profesores beneméritos con este objeto. Entre los ingleses son apropiados los de Gould y Whintheley, editados por Macmillan, Londres. De los franceses puede servir de modelo la primera parte del primoroso librito *Petites leçons de vocabulaire latin*, de L. Lavault, publicado por E. Belin, París.

A estos primeros textos deben seguir, a mi juicio, los de introducción a los grandes prosistas. Tal el notable, sobre César, del egregio profesor norteamericano con el que tan gran deuda tenemos contraída los estudiosos de la lengua de Roma, Carlos E. Bennet: *First Year Latin preparatory to Caesar*, publicado en Boston, 1909, por Allyn and Bacon. Es un César simplificado, aligerado y—con qué graciosa y cauta medida—adaptado a la capacidad de los alumnos en estos decisivos primeros pasos.

A partir del segundo curso, tal vez mejor de su mitad, estimo debe proseguir este aprendizaje del vocabulario básico en los textos de César y Cicerón, seleccionados con el mayor tacto para estos pasos de afianzamiento. Insisto en mi punto de vista, que comparto con Mathy. Este aprendizaje metódico de vocabulario debe hacerse no en andanadas diarias de palabras, sino partiendo de los textos seguidos de la versión o de temas sacados de ésta que contengan un número restringido de palabras nuevas. Sobre ellas han de versar los más varios ejercicios orales y escritos, en que ha de porfiarse hasta que acaben de familiarizarse los alumnos con ellas.

En el trance esencial del maestro de interesar al discípulo por todos los medios le brindo la traza de que le haga participar en la tarea y que sea el alumno el que se elabore su vocabulario.

Comenzará por enseñarle a dividir los vocablos en dos grupos: uno, el formado por nombres, adjetivos, y verbos; otro, el que componen los llamados utensilios gramaticales—adverbios, preposiciones, conjunciones y los pronombres y adjetivos pronominales—pocos más de un centenar en total. Pasará de ahí a iniciarle en el mecanismo de la formación de las palabras, des-

montando a su vista un sustantivo derivado: *iumentum*, de *iungo*, pongo por caso, y un verbo compuesto: tal, las distintas formas de *spicio*. Y le adiestrará en distinguir los nombres y adjetivos hijos de nombres, de los que proceden de verbos, familiarizándole con el par de veintenas de principales sufijos de derivación nominal y verbal. Y en saber reconocer los verbos y nombres compuestos, una vez aprendido de memoria el par de docenas de prefijos inseparables y separables.

En uno y otro caso se ayudará del cotejo con el español. Y le hará ver, pujantes, en nuestra lengua, los mismos tipos de derivación y composición latinos. Cuenta para ello con un valioso auxiliar: el *Tratado de la formación de palabras en lengua castellana*, de José Alemany, Victoriano Suárez, 1920, Madrid. Lo que comprobará en uno y otro idioma con ejercicios de desmonte de estas llamativas piezas de recambio a cargo de sus discípulos.

A esto añadirá el enseñarle a hacerse su pequeño fichero de vocabulario latino. Las fichas pueden ser de distintos colores para los verbos, nombres y adjetivos. En una cara conviene que escriba sólo el latín, indicando la declinación a que pertenece, si se trata de nombres, y de la enunciación completa de cada verbo y su régimen. En la otra insertará el significado preciso con que aparece en el pasaje. Esta separación ayudará a fijar en la mente del alumno cada vocablo y servirá a la vez al maestro para estimular a sus discípulos mediante concursos de seguridad y rapidez, partiendo del latín y del castellano.

La tarea se limitará cada día al número de palabras nuevas que le salen en los textos vertidos. El profesor decidirá, valiéndose del coeficiente de frecuencia, qué palabras cumple relegar para más adelante o eliminar por entero. Conviene que el alumno consigne, tanto en las fichas de nombres como de verbos, debajo del primitivo o simple fundamental, los más llamativos, derivados o compuestos, de cada familia de vocablos, siempre bajo la guía de su maestro, para que así vayan articulándose y operando en su mente las palabras en unidades superiores, a modo de árboles genealógicos.

En los cursos superiores, para mejor repasar lo aprendido y dotarle de una visión de conjunto, como de dioramas de la vida romana, será ocasión de acudir, si lo aconseja el adelanto de los alumnos, a las listas de palabras ordenadas por su sentido. Cabe clasificarlas así: la Naturaleza—la tierra, el cielo, el agua—. Tiempo y espacio. El cuerpo humano. La vida: las edades. La vida religiosa. La vida pública. Los ciudadanos. Los cargos públicos. Espectáculos. Vida militar. La vida privada. La familia. La casa. El vestido. La comida. La agricultura. La industria. El comercio. Cualidades humanas. Actividades del espíritu. De estos grupos, le da el vocabulario básico las palabras y locuciones más llamativas. Ocasionalmente, a medida que se hace más firme el avance del alumno y va trabando más presto y confiado diálogo con los autores de los textos, se detendrá a revelarles, en las palabras de alto grado de frecuencia, el sentido de esta locución cargada de resonancia política o moral, o de aquella otra de vida religiosa, militar o agrícola, cifra de experiencias y logros de que estamos viviendo todavía.

Llegamos con esto a lo que constituye, a mi ver, la

clave del éxito de este aprendizaje: la previa manipulación a cargo del maestro de las palabras reveladoras que llevan adheridas esencias de alma romana, hitos de las corrientes de ideación y pasión preferidas. Cumple sea el maestro en ella a un tiempo ingenioso y preciso, emisor de incitaciones, vivificador de personas y cosas, compresor de ideas y teorías en claras y breves síntesis. Porque es necesario que, con el tacto y renuncia que imponen los límites del alumno y el tiempo de que dispone, quede cada término aclarado de antemano, porque cobre a los ojos del alumno su forme y exacto perfil. Este menester exige al profesor un trabajo de preparación de la tarea de clase: la redada de palabras diaria.

Me voy a limitar a un ejemplo, a una de las palabras que necesitan en mayor medida de este previo esclarecimiento: a *res*. Aflora, lo sabéis, de modo constante en la lengua de Roma. Es la segunda en orden de frecuencia. Se da 441 veces en los textos cernidos por el profesor Mathy, a continuación de *posse*, que sale 481 veces.

¿Verdad que a la vista de sus cambios de sentido, tan pronto referido a una ciudad—vedlo en la cumbre del elogio de la vida del campo, en las *Geórgicas: Et rerum facta est pulcherrima Roma*, II, 534, “Y se hizo así de todas Roma la más hermosa”—como trasladado a personas, tal en boca del pedante, en el instante en que aborda a Horacio: *O quid agis, dulcissime rerum?*, *Ser.*, 11, 4, “¿Cómo te va, mi prenda de todas más querida”; pero que disloca violento, pocos versos después, en la angustia disyuntiva del plúmbeo acompañante: *Tene relinquam an rem?*, *Ib.* IX, 41, “¿Te dejo a ti o al pleito?”, y del que pasa a la acepción al uso: *Rem facere*, “Hacer dinero”, o a su claro valor de fin: *Cui rei?*, “¿A qué?”, o al sentido harto distante en la conocida norma del arte de bien decir: *Rem tene, verba sequentur*, “Posee bien el tema, las palabras te saldrán por sí solas”, verdad que es natural que se desazone el alumno e inquiete: “Pero ¿cuál es el sentido preciso de la palabra *res*?”

Pues sí, tiene un sentido preciso, que requiere un punto de atención por tu parte. Verás cómo lo merece la palabra de los altos destinos en la vida de Roma y en uno de sus compuestos de nuestra herencia política.

Su primer sentido es el de bien, propiedad, posesión. Con él nos aparece en llamativas expresiones usuales: *res familiaris* es la propiedad, los bienes de una familia, así como *res publica* es la propiedad del Estado, el bien público, que se opone a *privatae res*, los bienes particulares.

Como estos bienes han sido—después de la áurea edad en que eran desconocidos el tuyo y el mío—constante objeto de interés y litigio, fuerza fué tomara en seguida su valor de causa judicial, de pleito y litigio, que vemos en las expresiones *res erat in controversia*, *res iudicata dicitur*. Y en esta otra: *Mihi res est cum aliquo*.

¿No parece natural que de este sentido de bienes, bienes concretos, pasara a expresar lo que existe realmente: las cosas, la realidad? Ved cómo aparece con este valor en *natura rerum*: lo que existe, lo que es, con que lo emplea por título de su obra uno de los poetas más grandes de todos los tiempos, el maestro de Virgilio: Lucrecio, en su desazón de escudriñar el

origen verdadero y la constitución íntima de cuanto existe.

Este mismo sentido se extiende a lo que se ha hecho, a las acciones cumplidas, con que aparece en la expresión *res gestae, res populi romani*: las hazañas del pueblo romano. Y en seguida comienza su carrera de debilitación, de generalización de su sentido y pasa a significar cosas en oposición a personas, de donde se dice *mala, bona res*. Y matizada por un adjetivo de cualidad, entra de lleno en la lengua de Roma en múltiples empleos, como *res adversae, res secundae, res divina, res rustica, res militaris, res frumentaria*. Y hasta, por obra del sentimiento de pudor, viene a sustituir a vocablos vedados por la buena crianza, según vemos con frecuencia en Petronio. Y se refuerza a la par con un determinativo, y así se emplea en lugar del neutro: *Ea res, nulla res, ulla in re*. Y pasa a rivalizar con el sustantivo *causa* y hacen ambas el mismo camino, y así llegan a nosotros con idéntico sentido de cosa. Y al cabo se consuma la desvalorización de *res* a favor de las generalizaciones al uso: *Nec vir, nec mulier, nec puer, nec puella, nec fera, nec avis, nec res nata*, de que el francés, el provenzal y el catalán toman el sustantivo *res*, que perdura en *rien*, y *res* reducido a nada, su sentido; mientras en castellano y en portugués pierde el sustantivo y nos quedamos con el participio *nata*, nacida, que—observadlo—se nos queda en *nada*.

Mas esta obligada manipulación previa exige dotar al profesor de un mínimo de material de trabajo imprescindible. En unos casos habrá de repasar un hecho o comprobar una referencia a la historia de Roma. Para ello ha de disponer de un manual válido, tal la *Historia de Roma*, de Hartmann y Kromayer, que, ya en el año 1942, alcanza en Italia la cuarta edición, publicada por el editor de Florencia Valecchi. En otros necesitará precisar un hecho de vida romana, para lo que contamos, por fortuna, con dos obras fundamentales traducidas a nuestro idioma: la *Historia de las costumbres de Roma*, de L. Friedländer, editada por el Fondo de Cultura Económica bajo el título *La sociedad romana*, Méjico, 1947, y *La vida cotidiana en Roma*, de J. Carcopino, publicada en edición castellana por Hachette, en Buenos Aires, 1942. Debe contar como elemento de consulta, con un diccionario de la antigüedad clásica, del que poseemos el español, dirigido por el P. Errandonea, Labor, 1954, Barcelona. En-

tre los extranjeros, son de primer orden el recién aparecido de Oxford, y el alemán de F. Lübker, editado por Geffcken y Ziebarth. De los manuales de menos coste es clásico el italiano, de Palazzi Ghedini, Mondadori, Milán, y tiene su imprescindible complemento en la obra de Palazzi-Untersteiner: *La civiltà romana*, editado por Unitas, Milán, 1931. Es de notable utilidad, por la copia y precisión de sus datos, el diccionario clásico de bolsillo inglés, de Blakeney, de la colección J. M. Dent, de Londres, y el atlas de geografía del mundo clásico de la misma colección, o el alemán de W. Sieglimm, Perthes Gotha, 8.^a edición, 1919. Necesita, asimismo, de un buen diccionario etimológico, tal el francés de Ernout-Meillet, Klincksieck, París, 1931, y de un amplio diccionario latino, como el inglés de Lewis and Short, a más de los opúsculos de sinónimos de Fava, editado en los manuales de Hoepli, de Milán, o el de Altenhoven, Wesmael, Namur, 1932. Y para avivar a los ojos de sus alumnos la vida de Roma, debe disponer, por lo menos, de la sencilla cuanto útil colección de tarjetas inglesa *Speculum imperi romani*, de Bell, Londres, enriquecida de un vocabulario de cerca de 500 palabras latinas, explicativas de las postales en colores.

Con este material auxiliar—utilizado *cum sollertia et mica salis*—logrará galvanizar la inercia de sus alumnos, e, incidiendo a fondo en su atención, suscitar su sorpresa, esa sorpresa que es—se ha dicho—el comienzo de la ciencia y el encanto del estudio.

Lo que será parte a que identifique al punto cada término en su enfrente con los textos y extraiga de él su sentido y el de la frase, actualizando el conocimiento de las formas y sintagmas esenciales. Y, a la par, a que se adentre con pie firme en nuestro vocabulario español, calando en la etimología de cada vocablo para vaciar y precisar su contenido al expresarse de palabra y por escrito. Y a asomarle a la entraña de la lengua, harto mejor que por el rodeo de reglas y teorías de gramática. Para, burla burlando, meterle bien en la mente las privativas aportaciones de Roma: su sentido constructivo, su impulso acometedor, la perennidad de sus obras bien hechas, y su entender de sabores, su *sapere*, esa su suprema lección de discernimiento y buen sentido, que le valga de por vida a distinguir de sabores de ideas, de personas y de cosas.

JAVIER DE ECHAVE-SUSTAETA

Libros de texto y selección de vocabulario

La necesidad de valorar los elementos léxicos de una lengua extranjera—clásica o moderna—para dotar a los estudiantes de los materiales más idóneos o indispensables en su aprendizaje, ha venido sintiéndose en Europa hace largo tiempo. Iniciado el recuento de frecuencias léxicas para aplicar los datos obtenidos a fines puramente mecánicos, por ejemplo, para determinar cuáles eran las letras o grupos de letras más usuales en una lengua y ordenar así la representación de los signos taquigráficos o la disposición del teclado

de las máquinas de escribir, se extendió luego el estudio al terreno de la didáctica de las lenguas extranjeras. Los primeros recuentos, sin embargo, acusaron excesivamente el peculiar carácter del material utilizado en la elaboración, que era especialmente escrito. Posteriormente se ha mejorado la técnica de la selección, extendiéndose los recuentos a fuentes donde la lengua coloquial está más abundantemente representada. Por otra parte, se ha juzgado conveniente eliminar de los recuentos determinadas palabras que, a primera vista y sin mayor comprobación, aparecen como sumamente usuales e imprescindibles (artículos, números, nombres de los días, etc.). Finalmente, y éste es uno de los avances más serios en la técnica de la selección de vocabularios, se ha visto la necesidad de